

Reverberando las madejas de oro  
Vuestras gotas, del sol resplandeciente.  
Bajad del monte en susurrante coro  
Agitando la límpida corriente;  
Vereis el sello con que el hombre doma  
De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho  
Do el puente os presta soledad y abrigo,  
Veis por las grietas del canal estrecho  
Tal vez llorando á mi amoroso amigo,  
Si es que las llagas de su herido pecho  
Consuelo admiten ó á su mal testigo,  
Decidle que hay quien su pesar agora  
Del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas  
Fuentes sonoras, limpios arroyuelos  
Que de esas cumbres á la luz vecinas  
Hollais el césped y bebeis los hielos,  
Si hallais en tantas flores las espinas  
De sus antiguos y cansados duelos,  
Dadle de vuestra fugitiva randa  
Con el claro compas música blanda.

Y así reviente en matizadas flores  
Y en madre selvas vuestra verde orilla,  
Y os preste sombra, arroyos bullidores,  
La caña cimbradora y amarilla;  
Y así bajen los lindos ruiseñores,  
La suelta garza y triste tortolilla,  
A hundir en vuestras frágiles espumas  
Los tiernos picos y esponjadas plumas.

#### A LA NIÑA C. D. E.

Niña que creces ufana  
Flor temprana  
De la vida en el vergel,  
Ostentando primorosa  
Flor pomposa  
Tus mil matices en él;

Rie y canta mientras dura  
La frescura  
Y la pompa de tu abril,  
Mientras luce claro el día  
¡Vida mía!  
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno  
Hoy sereno  
Brilla espléndido tu sol,  
Y con vivo lampo dora  
De tu aurora  
El purísimo arrebol.

Rie y canta, que este yerto  
Gran desierto  
Que llamamos mundo aquí,

Aun guarda blandos olores,  
Ricas flores,  
Y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia  
Hay fragancia,  
Calma, sombra, fresco y paz,  
Sin que viento revoltoso  
Tempestuoso  
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna,  
De la luna  
Al tranquilo resplandor,  
Mientras el aura la mece  
Y te adormece  
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa  
Blanda brisa  
Conjurar para dormir,  
Sin que turbe tu contento  
Un pensamiento  
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos  
Vaporosos  
Blancos sueños delirar,  
Sin temer que el desengaño  
Vele uraño  
A tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura  
La ventura  
De la cándida niñez,  
Siempre hallais un seno amigo  
Que os da abrigo,  
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra  
Que á la piedra  
Que os ampara os acogeis,  
Pagándola en fortaleza  
Y en belleza  
El favor que la debeis.

¡Ah! y podeis tornar los ojos  
Sin enojos  
Ni zozobra criminal,  
A buscar un tierno abrazo  
En el regazo  
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,  
Como armiños  
En pureza y en candor;  
Dulces prendas de consuelo  
Que en su duelo  
Da á los hombres el Criador.

Rie y canta, niña hermosa,  
Flor pomposa  
De la vida en el vergel;

Rie y canta mientras dura  
La ventura  
Y la paz que hallas en él.

Rie y canta tu alegre primavera,  
Mariposa de cándido color,  
Que te meces inquieta y pasajera  
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;  
Mientras en este yermo valadí  
La ráfaga que abrasa al que la aspira  
Brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada  
Las dulces horas que de amor te dan,  
Sin acordarte de la edad pasada,  
Ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso  
El puro halago del materno amor,  
El labio atento al regalado beso,  
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,  
Vivir amando, y para tí no hay mas,  
En el regazo maternal dormida  
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,  
Yo quiero amarte y delirar también;  
Quiero gozar tus débiles abrazos,  
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño  
Los mimos inocentes lo que son,  
Y cuánto calma un infantil cariño  
La amargura y pesar del corazón...!

Ven, sentada en mi rodillas  
Tus mejillas  
Amoroso besaré,  
Beberé en tus ojos bellos  
Cuanta vida encuentre en ellos,  
Y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada  
Fatigada  
Te pluguiera dormir,  
Porque duermas muellemente  
Alzaré confusamente  
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida  
Estás, ¡mi vida!  
Escuchándome decir,  
Te contaré lindos cuentos  
De fadas y encantamientos  
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas  
Que con ellas  
Sueñes, niña, sin cesar;  
Te diré cosas tan suaves  
Como el canto de las aves,  
Y del aura el susurrar.

Rie, niña, y canta ufana;  
Flor temprana  
De la vida en el vergel;  
Rie y canta mientras dura  
El regalo y la ventura  
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta  
La tormenta  
Desgarre de una pasión,  
Rie y canta mientras inerte  
En la paz del tiempo duerme  
Encerrado el aquilón.

Mientras lejos de tí braman,  
Y esparraman  
Las venturas del vivir  
Los mundanos vendabales,  
Tú las dichas terrenales  
Apresúrate á reir.

Rie y canta, niña hermosa,  
Flor pomposa  
De la vida en el vergel;  
Rie y canta mientras dura  
El regalo y la ventura  
Y la paz que hallas en él.

#### A UNA CALAVERA.

##### FANTASIA.

—¿Conoces á ese hombre?  
—No por cierto.  
—Mirale bien, y tómale las señas.  
—Imposible. Lleva una máscara tan  
impenetrable como las tinieblas."  
F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,  
Espantosa memoria de la muerte!  
Cifra cuanto fatal desconocida,  
¡Quién alcanzó jamás á comprenderte!

Honda verdad donde el vivir se encierra,  
Geroglífico audaz, testigo mudo  
Que inrustó en los dinteles de la tierra  
Quien sostenerse á su dintel no pudo.

¡Ahí estás con tu irónica sonrisa;  
Tus huecos ojos y tu calva frente;  
Aguardando tal vez la última brisa  
Que al puerto del morir lleve la gente.



¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?  
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?  
¿Rien de los humanos desvaríos  
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,  
Crédito del que fué, prenda de alguno,  
Que por ser una prenda de cualquiera  
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuiste hermosa y joven y adorada,  
Fuiste grande, feliz, rica y temida,  
O cruzastes el mundo despreciada  
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?  
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?  
¿Quién tu nobleza y tu poder abona  
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana  
Que dobla por los vivos que murieron?  
¿Al eco de su voz triste y lejana  
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,  
Acaso algunos monges te llevaron  
A un templo, donde en pompa lastimera  
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura  
Sin duda que gozaras cuando vieras  
Tantas cabezas que la tierra impura  
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,  
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta  
En recinto común tener contigo  
Un pueblo, un trono, un ara y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones  
En el metal del ara te veías,  
Al contemplar tus cóncavas facciones,  
Tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,  
Si acaso pensamientos te dejaron  
Las lluvias, los gusanos y los vientos,  
¿No te escitó á reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía  
Los dedos de marfil torneados, puros,  
Entre los rizos que en la sien mecía  
En confusión, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espíaban  
Los ojos del mancebo irreverente,  
A cuyo fuego criminal brotaban  
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,  
La sien ceñida de crespon y flores,  
Que por ajeno parecer sujeta  
A los pies del altar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,  
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,  
Calva la frente, hueca la mirada,  
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba  
Contemplar en el polvo reunida  
La loca multitud que se derrumba  
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta  
Con la gigante voz de las campanas,  
Y encender cirios y aprestar orquesta,  
Y alzar altares y entoldar ventanas;

Y convidar á celebrar su nada  
A cuanta juventud, pompa y belleza  
Vejeta en una tierra condenada  
A acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa  
El principal papel, la voz primera!  
Y ver al rededor pueblo y comparsa  
Siendo en un funeral la calavera;

Tener un rey y un pueblo prosternado,  
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo.  
Todo el poder del mundo arrodillado,  
Lleno el cobarde corazón de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas  
Descubierta y doblada la cabeza,  
Sin poder en las manos poderosas,  
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre  
Sentirle bajo el pie como un juguete,  
Y reír de la esclava muchedumbre  
A la sombra de sordido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!  
En un harapo inútil é irrisorio  
Un esqueleto seco y cercenado  
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡regia pompa!  
¿Donde vamos los míseros mortales  
Al ronco son de la funesta trompa  
A cantar nuestros propios funerales!

¿Donde á la entrada del fatal recinto  
Suenan los brindis, la algarazara y grita  
Que dentro del mundano laberinto  
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:  
"¡Ríete y bebe, miserable, y danza,  
Mientras en el lecho funeral te espero,  
Porque yo soy tu fin y tu esperanza."

¿Y no ries, sombría calavera?  
¿No te se antoja descender al llano,  
Y entrar en el festín como cualquiera  
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,  
Con tus huesos ceñir una cintura,  
Y preparar en la desierta boca  
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros días,  
Con ojos negros, labios de corales,  
Alguna vez sin duda gustarías  
La dulce miel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso,  
Sin duda que en ensayos seductores  
Sondaras el secreto vergonzoso  
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo  
Ansias de grandes y de dueños  
Los que no dividieron ¡ay! contigo  
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,  
Allá en la soledad de tu retiro  
Alguna vez lanzaras temerario  
En pos de otro placer algún suspiro.

¿No te se antoja descender al llano  
Engalanada, y fácil, y ligera,  
Y en la fiesta mostrar al mundo insano  
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿qué te falta para bien tamaño?  
¿Una piel transparente y delicada  
Que cubra el espantoso desengaño  
Del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel, manto gastado  
Que nos presta al nacer la tierra ruda?  
Serás una beldad que han convidado  
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡Oh! ven á delirar donde delireas,  
Y serás la verdad á quien adoren,  
Y el espejo serás en que se miren  
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,  
A cantar donde canten, las botellas  
A apurar donde en orgía las apuren  
En ébria confusión ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,  
Y con todos también jura y blasfema,  
Hasta que doblen la cerviz beodos  
Para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre  
Porque su raza al pasar  
El suelo en su viaje alfombró;  
Firma fatal cuyo nombre  
No se alcanza á deletrear.

¿Y es cierto, cráneo pajizo,  
Que aunque pese al corazón  
Eres tú para quien se hizo  
Tanta gala y tanto hechizo,  
Tanta y tanta creación?

¿Es cierto que en otros días  
Con otra faz y otra tez,  
Como yo vivo, vivías,  
Como yo río, reías,  
Ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos  
Dos ojos aposentabas  
Vivos, inquietos, redondos,  
Y que esos dientes hediondos  
En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roida mejilla  
Brillaron matices bellos  
En tu tierna edad sencilla,  
Y que en tu sien amarilla  
Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca  
Sin contornos ni calor,  
Que hoy solo la muerte evoca,  
Manó en tu esperanza loca  
Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso  
En suavísimo embeleso,  
A un amante cariñoso  
Demandaba voluptuoso  
Regaladísimo beso?

¿Que tal vez, sabio profundo,  
Pasabas tus largas horas  
Sombrio y meditabundo,  
Buscando avaro en el mundo  
Venturas engañadoras?

¿Que tal vez el ojo atento  
Sobre un libro amarillento  
En tu amarga soledad,  
Se agotó tu pensamiento  
Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez, señor mundano  
De alcázares y jardines,  
Viviste torpe y liviano  
Entre tropel cortesano  
En impúdicos festines?

Y ese mundo valadí  
Sabio, amante, loco, ó rey,  
Te trajo con mofa aquí  
Diciéndote: "Esta es la ley,  
Cadáver, descanza ahí."

¡Oh! ¿nada nos deja ver  
De tus historias de ayer  
Tras de tu faz deleznable



Tu máscara impenetrable  
Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,  
Vaga, insondable verdad  
Que tu inmóvil gesto escuda,  
Esa verdad que desnuda  
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero  
Viene á estrellarse ¡ay de mí!  
En ese gesto severo,  
Que es un centinela fiero  
De lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente  
Se rebelan revoltosas  
Las ideas locamente,  
Creándose de repente  
Teorías mentirosas;

Todas vienen á espirar  
En tus cóncavos vacíos,  
Cual las fuentes van á dar  
Sus arroyos á los ríos,  
Y los ríos á la mar.

En vano la vida entera  
Contra tu verdad conspira,  
Desdeñosa calavera,  
Que todo en tu faz severa  
Se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada  
Al soplo de la tormenta,  
Por el tiempo descarnada,  
Cuya vida inanimada  
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,  
Y en tu irónica sonrisa,  
Y en esa hendidura y entera,  
Seca y solitaria hilera  
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena  
Como una cosa caída,  
Como inútil prenda ajena,  
A quien nadie juzga buena  
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros  
Que un día te sustentaran  
Volvieran á estos escombros  
A buscarte, ¡con qué asombros  
De placer te acariciarán!

¡Oh! si alzándote una vez  
Aun te pulguiera ostentar  
La perdida esplendidez,  
Y quisieras tu hediondez  
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente  
Unos cabellos postizos,  
Que en madeja reluciente  
Cayeran confusamente  
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro  
Velaras altiva tú  
Con minucioso decoro  
Entre nácar, perlas y oro  
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello  
Entre las flotantes plumas,  
Los collares y el cabello,  
Velos echando sobre ello  
Tan sutiles como espumas:

Y el repugnante mohín  
De tu inmóvil rostro viejo,  
Con esa risa sin fin  
Asomaras á un festín  
Tomándole por espejo!

Si acaso rey destronado  
Te se autojara salir  
Para ver do está enterrado  
El ejército arrojado  
Que llevaste á combatir.

Y allá en el campo desierto  
Do fué tu postrer batalla  
De aquel mausoleo abierto,  
Tu pueblo evocaras muerto  
De entre el polvo en que se halla.

Y si á tu voz poderosa  
Despertando con asombro  
Tu nación, volviera ansiosa  
Trayendo el arnés al hombro  
En faz de guerra espantosa....

¡Oh! ¡diabólico senado,  
Medrosa, horrible ilusión,  
Ver tanto esqueleto armado  
En torno un rey convocado,  
Al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes  
Ensoberbiendo la tierra,  
Combatiéndose pujantes  
Con clamores insultantes  
Pregonando su impía guerra....

¡Ah! ¡delirios son del alma  
Que no te alcanza, Señor,  
En los terribles secretos  
De tu infinita creación!

Y con sus líquidas perlas  
Los jazmines juegueton,  
Salpique con que la pródiga  
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando  
De las playas en redor;  
Y le azote y le sacuda  
Revoltoso el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul  
En cuyo centro adunó  
Mil nubes tornasoladas  
En caprichoso montón;

Si todo no es mas al cabo  
Este universo, Señor,  
Que de una inmensa familia  
El inmenso panteón?

¿Qué sirve á esa calavera  
Una existencia de honor,  
Una vida de virtudes,  
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo  
De penitencia ó de amor,  
La corona ó la cadena  
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba,  
Al salir de esta mansion  
Como una máscara inútil  
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado  
Por la infamia ó el blason  
Del dueño que en ese osario  
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,  
Su sonrisa me hace horror,  
Y su boca tiene ahogada  
En su garganta la voz.

“¿Qué espera?” Tal vez lo ignora  
Ahí está al aire y al sol,  
Eternamente riendo  
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda  
Que conduce al panteón,  
Diciendo á cada viajero  
Con eterna risa: “¡Adios!”

En los tormentosos días  
De mi mundanal dolor,  
Medité desesperado  
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas  
De mi porvenir en pos,  
Y en todas encontré polvo,  
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia  
Que cae sobre quien nació  
Desde esos gestos inmóviles  
Sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,  
En cuya horrible atención,  
En cuya eterna sonrisa  
De complacencia feroz;

En cuyo todo espantoso  
Deletrea el corazón  
La triste palabra NADA  
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre  
Que de tu mano salió,  
Hecho á semejanza tuya,  
Aborto digno de un Dios?

Es esta, Señor, la vida,  
Que como una maldición  
Nos carcome cuanto bello  
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale  
Que alumbre tan puro el sol,  
Y en la noche se refleje  
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques  
En pintada confusión,  
Canten en bandos alegres  
El mirlo y el ruiseñor?

Que los árboles murmuren  
En melancólico son,  
Y esponje á su blanda sombra  
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena  
Tienda su curso veloz  
El arroyuelo que viste  
La pradera de verdor,